

intentado dar novedad : un combate de gladiadores en un circo romano.

Era , en efecto , su último trabajo , el que estaba terminando , cuando lo dejó todo para emprender el retrato de la desconocida. La invitación era para ver este cuadro , pero , de paso , y por casualidad , verían el retrato de la mujer cuyos antecedentes le interesaban tanto.

XXIII.

Los socios del Casino vulgarmente conocido por el Mirlitón , son artistas en su gran mayoría , y los que no lo son por *derecho propio* , sienten el arte y desarrollan el gusto en fuerza de su trato constante con aquellos. Las exposiciones artísticas de cuadros que costea el Círculo ; los notables conciertos y funciones dramáticas que organiza ; la atmósfera que en él se respira , ha dado este excelente resultado. Por eso ninguno de los socios á quienes invitó Jorge Fontaine , á pesar de ser gente alegre y solo *amateurs* de la pintura , dejó de acudir á la

cita: resultaba para todos un obsequio, una fiesta muy grata; cualquiera de ellos hubiera sido capaz de pagar á subido precio el placer de penetrar en el estudio de un notabilísimo pintor, que hacía de su casa un santuario, y daba al público sus obras maestras sin que nadie supiera de antemano nada de ellas. Á la hora convenida estaban los cinco en el vestíbulo de casa de Fontaine, y fueron introducidos por un criado en el taller del joven artista.

Lucía, de muy buena gana hubiese permanecido junto á su hermano, so pretexto de hacer los honores de la casa; es decir, para oír las apreciaciones de los asistentes sobre el retrato de la incógnita, principal objeto de aquella reunión. Pero Jorge la hizo comprender que su presencia coartaría la libertad de aquellos amigos, que delante de una señorita no hablarían con franqueza absoluta, y esto, quizás, le impediría saber algún antecedente sobre la persona cuya historia deseaba conocer á fondo. La joven era en extremo razonable, se hizo cargo de estas razones, y se resignó á no presentarse en el estudio.

Fontaine exhibió su cuadro; el combate

de gladiadores. Todos le admiraron y predijeron de consuno el triunfo; pero, según los caracteres respectivos, unos se reservaron algo y aun arriesgaron algunas observaciones críticas, y otros le declararon sin *pero* ninguno. Jorge apenas paró mientes en todo esto; ansiaba que concluyera el juicio, y respiró al ver que los jueces se diseminaban escudriñándolo todo, las paredes, los caballetes, los muebles, las armas, los bocetos de obras en proyecto, los cuadros que recordaban, detalles de otros expuestos anteriormente, y aquellos con los cuales se encariñó el autor y los conservaba como hijos predilectos del ingenio.

Jorge parecía indiferente; pero esperaba con ansia el instante supremo. Contestaba á las preguntas de sus amigos, siguiéndoles en aquel viaje alrededor de su estudio. Con intención tenía colocado entre otros el retrato, aquella obra de tanto interés para él; pero aun estando casi seguro de que habían de fijarse en ella, precisamente por el modesto lugar que ocupaba, hacía esfuerzos para dirigirles hacia ella.

—¡Calle! (dijo de pronto Eduardo A.....)
¡También hace V. retratos!

Sus compañeros acudieron adonde aquel, el más escudriñador, había ya llegado, y Fontaine, afectando indiferencia, contestó:

—No, amigo mío; no tengo paciencia para eso. ¿Por qué lo decía V.?

—Lo que es esta mujer....

—Es un estudio que acaso algún día me sirva para un cuadro de composición que tengo en proyecto.

—¿Y dónde encuentra V. semejantes modelos? Porque el original debe ser superior, —preguntó el conde de F....

—No existe el original. Un día mi fantasía creó ese tipo, y lo trasladé al lienzo.

—Pues, amigo Fontaine, tiene V. una fantasía que pudiera llamarse memoria prodigiosa. Es un recuerdo: no le quepa duda.

—¡Recuerdo!....

—Indudablemente. Esta adorable criatura cruzó por delante de sus ojos en el paseo ó en el teatro, y sin querer ha hecho V. el gran retrato.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! El original existe.

Y volviéndose á los demás jóvenes, el marqués de B..., que era quien hablaba, prosiguió:

—Sean Vds. jueces, señores. Esta mujer, ¿no es exactamente la duquesa Diana de Limours?

—¿Quién lo duda? — exclamó el conde de F..., acercándose más.

—¡Y qué parecida está!.... — añadió el barón de N....

—Ahora comprendo por qué, sin darme cuenta de ello, tropecé en seguida con el cuadro que más había de gustarme de seguro.

—Pero hemos sido todos unos indiscretos, — exclamó el marqués de X. Al detenernos delante del cuadro ese, medio oculto para no ser notado quizás, habremos incurrido en el disgusto de nuestro cariñoso huésped. Sin duda la Duquesa quiere sorprender á los suyos, y venía en secreto....

—¡Crean Vds. que no!.... ¡Nada! La retraté sin saberlo, á menos que Vds. se equivoquen....

—Vamos, hombre; no diga V. eso.

—Sin varias sesiones con el original delante, ni con todo el talento de V., que es mucho, se logra semejante parecido.

—¡Vaya! ¿Por qué había de engañar-

les? Tan cierto es lo que he dicho, que ni sé cómo se llama esa señora Diana.... ¿cómo?

—¡De Limours!.... —dijeron varios.

—Pues ni ha venido á esta casa, ni he ido á la suya, ni tengo la honra de conocerla....

—Bueno. Será que sólo viéndola desde lejos....

—Quizás la habré visto, y no me acuerde. Esto es muy frecuente; pensar que se crea, y retratar sólo. Á veces la creación no es más que un recuerdo inconsciente.... Pero me han sorprendido Vds., y me han puesto en curiosidad de conocer á ese original de un retrato ni visto ni oído, —dijo riendo Fontaine.

—Lo comprendo (contestó con picaresca sonrisa Eduardo A....) Porque conociéndola, le diría V.: «Duquesa, sin querer hice su retrato: dicen que se parece mucho: ¿lo quiere V.?»

—¡Y vaya si lo aceptaría! (añadió el marqués de X....) Precisamente me dijo no hace mucho tiempo que no se había retratado, aunque tenía deseos de hacerlo, porque le asustaba la idea de estarse quieta hora tras hora. Vea V., querido Fontaine, qué buena

manera de cohonestar sus intereses de V. con los de la Duquesa.... V. trabaja para vivir, y ella....

—¡Oh! No. Eso no. Sería forzar la carta....; es decir, el retrato. Pero lo que sí puedo hacer, si les parece á Vds. que merece la pena; y que ella lo aceptará, es ofrecérselo como un testimonio de mi consideración, al paso que del producto de una rara coincidencia....

—Hombre, si lo aceptará ó no, nadie puede afirmarlo; pero lo indudable es que merece la pena (interrumpió el marqués de X....). ¿Por qué no prueba V.? Se le envía sin firmar, y sin decirlo de parte de quién va el regalo. Pasado mañana recibe, y yo iré, como de costumbre. Me hablará de seguro del extraño envío anónimo...., y juzgaré del efecto. Si es malo, guardaré el secreto. Y si no, le contaré lo ocurrido, y añadiré que partió de mí la idea de que le mandara V. el cuadro.

—Acepte V. (dijeron todos). Con tal embajador: ¿cómo ha de ser V. rechazado?....

—Sea como Vds. quieren: acepto. Después de todo, sabiendo que es un retra-

to de persona conocidísima, no me sirve para lo que estaba destinado. No tengo el derecho de colocar á la duquesa de Limours en medio de otras mujeres en un cuadro de exposición, sin su permiso previo. Al menos, yo creo que proceder de otro modo sería una indignidad.... por más que no todos los pintores piensen como yo.

Un criado que apareció con una bandeja llena de golosinas más ó menos nutritivas, pero todas excelentes, exquisito Madera y tabacos habanos, puso término á la conversación.

Mientras los huéspedes de Jorge comían, bebían, fumaban y comentaban el hecho raro que produjo la casualidad, éste escribía con lápiz sobre un papel:

«Victoria. La han conocido. Es la duquesa Diana de Limours. Espero recoger más datos sobre ella. Ten paciencia.»

Luego deslizó el billete en la mano del lacayo, y le ordenó en voz baja que se lo entregara en seguida á Lucía.

XXIV.

Una vez lleno este deber fraternal, Fontaine se reunió con sus amigos, y sirviéndose una copa de vino, dijo:

—¿Y dónde vive *mi desconocida*? Porque han olvidado decirme á qué calle y á cuál casa he de mandar el retrato. Yo no estoy, como Vds., al corriente de todo lo que sucede en París, y no me basta con oír el nombre de la duquesa de Limours para acertar con su palacio.

—Lo cual significa (replicó el marqués de X....) que tiene V ocupaciones más

serias y más útiles que las nuestras. La Duquesa vive en el boulevard Malesherbes, junto al parque de Monceau. En el antiguo palacio del príncipe Polquine, aquel ruso que tanto hizo que París se ocupara de él, y que de pronto desapareció, para irse á vivir á sus propiedades, allá cerca del Cáucaso, creo.... (1).

—Sí, ya me acuerdo (exclamó Eduardo A....); Polquine, aquel que se fué por cierta aventura en la que figuraban su secretario (un real mozo por cierto) y la princesa Nadejé su mujer. El palacio estuvo cerrado largo tiempo. Después salió á la venta, y el duque de Limours se quedó con él.

—¡Ah! ¿También tenemos un duque de Limours?—dijo Fontaine con el acento más natural del mundo.

—¡Vaya! Y que es un duque de verdad. De antiguo origen, de pura sangre.

—Y además (añadió el conde F....), tan opulento como ilustre....

—Y con una mujer muy guapa, — prosiguió el barón de N....

(1) Véase *Flor de Crimen*, del mismo autor.

—Hombre, ¡guapa!.... ¡guapa!.... Digamos hermosa, y no habrá quien nos pueda tachar de hiperbólicos. El año pasado, unos cuantos desocupados y locos nos entretuvimos en hacer una lista de las mujeres en condiciones para disputarse el gran premio á la hermosura, y por unanimidad colocamos la primera á Diana de Limours....

—¿Se admitían también las extranjeras?—interrogó Jorge.

—No; esas quedaban fuera de concurso. Se trataba de un premio nacional.

—¡De modo, que esa reina de hermosura, según Vds., es francesa!

—Y de padres franceses. Pero creo haber oído decir que sus abuelos eran húngaros. Debe tener en las venas algo de sangre madgyar, de aquellos conquistadores y dueños por largo espacio de Hungría.

—¿Sangre ardiente y vigorosa? Lo pregunto, para tenerlo en cuenta. El retrato no está concluído; es una mancha sólo, y quizás me convenga dar más vida á las carnes y más energía al semblante.

—Hágalo V. sin cuidado (dijo el Marqués). La tez del original está coloreada por

DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

la sangre más viva y más ardiente que tiene criatura. Á primera vista se conoce que está llena de salud.... y hasta puede afirmarse que dotada de un temperamento como la sangre.... madgyar.... Pero, en honor de la justicia sea dicho, nada más que suposiciones se pueden hacer, porque ni en sus actos ni en ningún detalle de su vida se revelan esas exigencias del temperamento.... Muy al contrario: casi, casi, peca por exagerada en una época en que las señoras, hasta las más honradas, se permiten ciertas libertades en su lenguaje.... Se conoce que para decir ú oír ciertas cosas.... tendría que esforzarse mucho. Sabe permanecer firme sobre el pedestal en que la colocaron su nacimiento, su belleza espléndida y su fortuna cuantiosísima.

— ¡Vaya un panegírico!.... (exclamó Jorge sonriendo.) ¿Y el Duque es digno de semejante mujer? ¿Está á su mismo nivel?

— Lo fué. Todos y *todas* le admiraban cuando contrajo matrimonio, hace cinco ó seis años. Era un buen mozo que llamaba con justicia la atención. Pero lanzaba ya los postreros rayos aquel sol en decadencia.... y está muy cerca del total ocaso. ¡Caramba!

No en vano se casa uno á los cuarenta y cinco años con una mujer de veintidos, de las condiciones de la Duquesa, después de llevar una vida un poco airada.

— Justo castigo á un amor fugaz....— dijo sentenciosamente el Conde.

— ¡Oh! ¿Es por lo visto capaz de no amar á tan adorable criatura? (esclamó Jorge.)

— Según dicen, no tiene más amores que el *Whist*. Todos los días á las cinco en punto llega al Casino, se reúne con tres jugadores más tan empedernidos como él, y emprenden la partida. ¡Y bien cara por cierto! Á las siete come en el Círculo mismo; en su casa rarísimas veces ocupa su puesto á la mesa, y de nueve á doce vuelta á jugar....

— Pues lo que es la Duquesa no debe hallar muy divertido eso (objetó Jorge riendo). ¿Tiene siquiera hijos para distraerse?

— No. Y probablemente no los tendrá. El Duque es ya un sol que muere.

— Entonces, ¿qué hace por las noches?

— Lee, dibuja ó pinta.... Porque es artista de corazón. He ahí por qué estoy seguro de que el retrato, ó, mejor dicho, el estudio hecho con tanto talento ha de parecerle muy bien.

—Pues se le enviará (concluyó Jorge).

Enterado ya de cuanto necesitaba para llenar su deseo, el joven artista creyó deber dirigir á otro objeto la conversación, para evitar que chocase tanta insistencia sobre el mismo asunto.

El combate de gladiadores sirvió de tema al debate artístico por espacio de corto tiempo, y se disolvió la reunión.

Cuando Fontaine hubo despedido al último de los visitantes, fué en busca de su hermana, la dió cuenta de los datos adquiridos, y concluyó con estas palabras:

—Y ahora voy á dar principio á mi campaña.

—¿Cómo? ¿Qué piensas hacer?

—Son las cinco de la tarde; hora á propósito para hacer visitas. El Duque estará en el Casino entretenido con su *Whist*, y no me molestará. Voy, pues, á ver á la que ya no es incógnita.

—Pero ¿te recibirá?

—Sin duda. Cuando vea que su picardía se estrella contra mi voluntad firme, comprenderá que soy mal enemigo, y tendrá miedo.

—No la creo mujer que se intimide fá-

cilmente. Hará que te digan que no recibe ó que no te conoce, y te verás obligado á intentar otro medio de ataque. Hablando con franqueza, me disgusta que vayas sin que ella te llame.

—Pero eso, ¿puede ser?....

—¿Por qué no? Sigue el consejo de tus amigos. Envíale el retrato como te han dicho.... pero firmalo. Tu firma al pie del lienzo la sorprenderá y la llenará de dudas. Pensará que no retrocedes delante de ningún obstáculo, que le conviene evitar una ligereza tuya que pudiera comprometerla, puesto que á ti poco puede importarte quien procede como ella procedió, y te llamará, está seguro. No perdamos tiempo. Firma con letra bien clara. Disponlo, y encarga al portador que lo deje en su destino, sin decir quién le envía y sin esperar respuesta.

—Y si quiere escribirme, ¿cómo sabrá?....

—¿Dónde vives? Consultando el catálogo de la Exposición última. Siendo aficionada á la pintura, tendrá alguno.... Además, eres más conocido de lo que te figuras. ¿Quién no sabe dónde vive Jorge Fontaine?